

GACETA

SO
DE
PSI

JUNIO 2021

COMENTARIO DE LIBROS

MUJERES PIONERAS:
Una ventana a once
historias de vida

María S. Barría Iroume

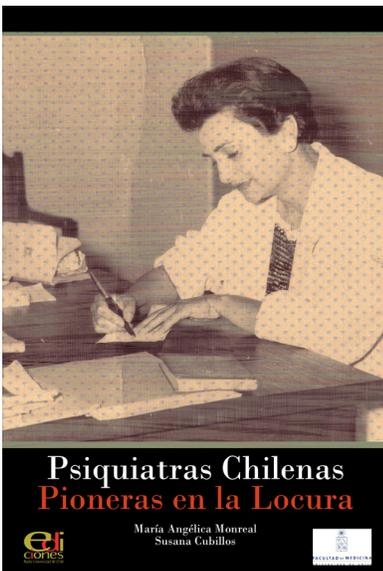
(Rev GPU 2021; 17; 1: 7-9)

COMENTARIO DE LIBROS

MUJERES PIONERAS:

Una ventana a once historias de vida

(Rev GPU 2021; 17; 1:7-9)

María Soledad Barría Iroume¹

El libro *Psiquiatras Chilenas, Pioneras en la locura* de Susana Cubillos Montecino y Angélica Monreal Urrutia, nos invita, nos lleva a mirar, a sumergirnos, a compartir la historia de vida de once mujeres pioneras. Para mí fue interesante también verlas como un colectivo maravilloso de mujeres pioneras, audaces, perseverantes, creadoras.

Todas médicas psiquiatras nacidas en la primera mitad del siglo veinte, entre los años 1914 (Neomicia) y 1946 (Verónica), otras cinco en los años veinte, tres en los treinta y otra en los cuarenta. Todas ellas nacieron antes que las mujeres en Chile fuéramos catalogadas como verdaderas ciudadanas ya que solo se obtuvo el derecho a voto femenino en elecciones parlamentarias y presidenciales el año 1949.

Uno de los hilos comunes fue el empeño de estas maravillosas mujeres por su desarrollo profesional. Se empeñaron en ser médicas en

¹ Nefróloga. Directora del Departamento de Atención Primaria y Salud Familiar de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Ex Ministra de Salud (2006-2008).

tiempos en que las mujeres enfrentaban graves dificultades para estudiar medicina como relata Mary que trató de ingresar a la Universidad Católica y le contestaron que “no aceptaban damas” por lo que debió ingresar a la Universidad de Chile, donde también estaba restringido el porcentaje de mujeres que admitían. Adriana nos relata cómo, en 1947, pese a tener el puntaje requerido no pudo entrar a la Chile “... como se completó el cupo, no la pusimos”. Ellas fueron abriendo caminos, persistieron en ello, se fueron a Concepción, partieron en la Chile y luego fueron a la Católica. Para otras ese camino se había ya abierto gracias a las primeras.

Se empeñaron en ser psiquiatras o dedicarse a la salud mental. Y fueron diversos los caminos. Algunas llegaron directamente como Mary que nos relata que fue la tercera psiquiatra mujer, llegaron a la psiquiatría desde el interés por el psicoanálisis o la terapia gestáltica, algunas llegaron desde la pediatría, desde la neuropsiquiatría o neurofisiología, desde la salud pública, desde la medicina biológica. La mayoría tuvo períodos de formación en el extranjero. Destaca el interés por el desarrollo personal y de la especialidad, expandiendo los límites de lo que en los diferentes momentos se consideraba parte de esa especialidad.

Me parece necesario destacar cómo la incorporación de estas mujeres pioneras permitió, quizás con una mirada nueva, incorporar con mayor fuerza elementos sociales, de multidisciplinariedad, elementos y dimensiones de la emoción, pero también de lo colectivo. Para varias fue una inquietud, a veces reflexiva o política que las llevó a pensar la salud mental no solo de individuos sino de colectivos y que pudo plasmarse en los años finales del sesenta y de la Unidad Popular, o en los tiempos de recuperación de la democracia en los noventa. Otras veces ellas fueron respondiendo a las duras circunstancias que les tocó, no solo contemplar, sino vivir intensamente: el miedo,

la tortura, las desapariciones o el exilio. Se preguntaron cómo pasar de lo individual a lo social. Cómo hacer que las terapias pudieran llegar a más personas que lo necesitaban, cómo entender el dolor individual como el reflejo del dolor colectivo del miedo, del terror, de la dictadura. Pero no solo fueron pioneras en imaginar nuevos métodos ensanchando el conocimiento, sino también en la acción, en su aplicación, avanzando en el tratamiento colectivo. Un ejemplo son los antipsicóticos de depósito (Verónica). Me tocó conocer directamente, como general de zona en Corral, cómo le cambiaba la vida a nuestros pacientes cuando pudieron acceder a un tratamiento mensual. O cómo la liga contra la epilepsia hacía posible que los pacientes se trataran ambulatoriamente, con acceso a medicamentos. También fueron pioneras en imaginar y hacer realidad métodos que permitieran adelantarse al daño, prevenir las enfermedades y no solo buscar curarlas. Tal fue el caso de la detección precoz, como recién nacidos, de enfermedades que al ser detectadas tenían tratamiento y si no lo eran producirían graves daños mentales (Flora).

Fueron entonces pioneras en crear organizaciones, en abarcar zonas no exploradas, en inducir el cambio de manicomio a Hospital Psiquiátrico (Mary), como La Liga contra la Epilepsia y la Escuela de Afasia (Neomicina), Colectivos de Salud Mental (María), Institutos de Psicoanálisis, de Terapia familiar sistémica (Eliana), centros Gestálticos (Adriana), centros de Derechos Humanos y atención de víctimas en diferentes organizaciones como Codepu o la Vicaría (Laura, Fanny y Paz), las políticas de salud mental (Flora y Verónica), el psicoanálisis en niños y el trabajo en salud mental infantil (Elena), llevando además el conocimiento a diversos lugares de Chile: Puerto Montt, Valdivia, Chiloé, entre otros.

Este desarrollo profesional o el compromiso con su misión, para varias hizo difícil o duro el desarrollo en los aspectos

familiares tradicionales. Sin embargo, con fuerza propia o con ayuda, de parejas o de otras mujeres comprometidas y solidarias, fueron capaces de formar hogares, de criar hijos e hijas y también de ir abriendo espacios de nuevas maneras de entender las relaciones, no solo en su especialidad sino en la vida. Son ejemplos concretos de esa visión feminista de

la vida con que necesitamos impregnar toda nuestra sociedad.

Cada relato nos muestra no solo la riqueza personal de cada una de ellas sino las circunstancias en las cuales les tocó vivir, su contexto específico. Es apasionante aprender de estas verdaderas ventanas a sus historias. Gracias. ■